



LA NOCIÓN DE VIDA EN LEONARDO POLO

Ignacio Falgueras Salinas

Todo lo que Polo tocaba con su filosofar resultaba renovado y enriquecido. Por eso, lo que voy a exponer, la noción de vida, es sólo una más entre tantas y tan grandes aportaciones suyas al saber filosófico en cuanto conocimiento de la realidad.

Polo ha dado clases y escrito sobre la vida en muchas ocasiones: en las Lecciones de Psicología clásica; en el Curso de Teoría del conocimiento, en la Antropología trascendental, etc. Pero no sólo en esas ocasiones ha expuesto su pensamiento, sino también en muchas conversaciones personales. Yo, siguiendo el espíritu más que la letra –aunque también^[5]– de su filosofía, les voy a exponer una noción de vida que capté precisamente en dichas conversaciones, y que espero sirva para aclarar y enriquecer lo que por él ha quedado escrito y publicado. Resumido a mi manera, propongo entender la vida, según Polo, como una *diferenciación o distinción realmente activa*^[6] *de la unidad*: (i) *desde la unidad*, pero sin perderla, (ii) *hacia la unidad*, pero sin carecer de ella, y (iii) *en la unidad*, pero sin quedar encerrada por ella. Pasaré a explicarla con más detalle, aunque mostrando, antes, algo de su problemática.

Los clásicos describían la vida como movimiento, y como movimiento inmanente. El problema que generaba la vida así entendida era que, al considerar que lo más alto era la substancia –*concebida estáticamente*–, el movimiento no podía ser más que un accidente de ella, y, en consecuencia, la vida había de ser entendida como algo accidental. En tales condiciones, la vida no podría ser atribuida propiamente ni a la substancia del hombre ni a Dios. Lo explico. Es cierto que Aristóteles descubrió que la vida es el ser para los vivientes, pero eso no deja de chocar con otro aserto clásico: *vita in motu*^[7]. Sin duda, que la vida sea el ser para los vivientes le permitió a Aristóteles atribuir la vida a Dios, precisamente como el viviente más alto. Pero, por otra parte, a Dios lo concibió como motor *inmóvil*, y si la vida está en el movimiento, entonces Dios *como inmóvil* no debería estar vivo. Y no sólo a Dios, también la concepción de la vida como movimiento inmanente estorba al hombre, cuya vida espiritual no puede ser entendida como un movimiento. Entender no es moverse, sino *enérgeia*, actividad poseedora del fin, que en su más

bajo escalón es actualidad. Eso no obstante, en el *De anima*—la obra en que Aristóteles estudia el principio y las formas de la vida— se incluye también a la vida intelectual como continuación de la vida orgánica. Por esta vía de la intelección, al ser concebido Dios como *nóesis noéseos nóesis*, ha de estar igualmente vivo; pero siendo definido el movimiento por la potencia (*actus entis in potentia quatenus in potentia*), ¿cómo podría ser viviente el *acto puro*, si la vida es movimiento y el movimiento es acto de un ente en *potencia*?

Polo está de acuerdo con Aristóteles en considerar a Dios como viviente supremo, y en considerar el pensamiento como vida, a diferencia de muchos que confunden el pensar con la abstracción y la abstracción con lo abstracto o falto de vida. Lo abstracto para Polo es precisamente el objeto, el límite mental, o sea, lo pensado, pero no el pensamiento, y menos aún la intelección. Entender es una forma de vida, la vida del espíritu, que es capaz de poseer, de entrada, el fin, sin necesitar tránsito alguno. Por eso, según lo expuesto anteriormente, si el pensamiento, el entender y la libertad son vida, la noción de *movimiento* inmanente se nos queda corta. Sirve, sí, para la vida orgánica, pero no es suficiente para la vida del espíritu y, menos aún, para la plenitud de la vida, o sea, para la vida divina.

Estas dificultades eran un estímulo para la genialidad filosófica de Polo, al que incitaban a embarcarse en una profundización siempre mayor. A mí me impresionó especialmente una breve descripción suya, que sonaba más o menos así: la vida es *diferenciación o distinción en la unidad*^[8].

Empezaré explicando esa descripción en la vida orgánica. La característica distintiva de un ser vivo orgánico—pongamos por ejemplo un cuerpo humano— es la de que siendo un solo cuerpo reparte su actividad en múltiples órganos y sistemas de órganos, de tal manera que cada uno de ellos desarrolla una función que es relativa y complementaria de las de los otros. Todos tienen igual código genético, pero cada uno se especializa en el despliegue de un segmento de dicho código. El organismo entero es, así, un solo ser vivo, una sola vida, integrada por células vivas, por órganos vivos, por sistemas vivos, pero no con varias vidas, sino formando un solo cuerpo vivo. Todos ellos han sido replicados desde el cigoto (unidad inicial), pero en una constante *distinción* plural y mutuamente relativa, de manera que ninguno de ellos puede sobrevivir más que si el conjunto funciona unitariamente. Están vivas las células, están vivos los órganos, pero no son muchas vidas—como digo—, pues su funcionamiento no es el de células y órganos aislados. En el animal, desde la unidad de la célula se crece sincrónicamente hacia la de los órganos y hacia la del cuerpo entero, siempre dentro de la unidad. Por tanto, un cuerpo orgánico es una unidad de vida que ella misma se reparte en una variedad de órganos y funciones, cada uno de ellos también vivos, pero que no sólo se mantienen vivos en mutua referencia, sino que integran un solo vivir. Es, pues, la unidad del ser vivo la que forma en su distinción^[9] y hace funcionar a cada órgano tal como se necesita para el rendimiento vital que le corresponde a todo el organismo corporal^[10].

Pasemos, ahora, a la persona humana. La persona humana es viviente con una vida muy superior a la meramente animal: es un acto que se distingue real y activamente en una pluralidad, pero no de órganos o potencialidades, sino de actos. Ante todo, es un *co-existir* con el mundo, que se distingue del ser mundano en la medida en que se abre en libertad hacia él, hacia fuera de sí; también está abierto *por dentro* en intimidad, lo que le permite abrirse, aún más, *hacia dentro* en búsqueda sapiencial de réplica y en búsqueda amorosa de aprobación. Pero las distinciones no se detienen ahí. El acto de ser y los actos trascendentales personales se diferencian dualmente con la esencia humana, que es un acto habitual (sindéresis), el cual se distingue, a su vez, en otra pluralidad de actos suscitados desde él y dualizados con el cuerpo y la esencia del mundo, aparte de con los actos trascendentales antes mencionados. La distinción de esta vida esencial de la persona respecto de la vida orgánica estriba en que todos sus actos son actuales^[11], es decir, simultáneos, mientras que la vida orgánica está integrada por elementos que se distienden en el tiempo y en el espacio, según el antes y el después, así como según el aquí y allí.

Tanto la distinción en la unidad orgánica como la distinción en la unidad actual de la persona permiten entender la vida como crecimiento, en la medida en que esa distinción no se detiene, sino que se incrementa, es decir, se orienta hacia una mayor unidad cualitativa. Por eso, otra de las nociones de vida que propone Polo es la de crecimiento, de acuerdo con la cual los organismos están vivos en la medida en que crecen en distinción y unidad, y las personas en la medida en que, *en su esencia*, crecen en crecimiento, o sea, en distinción respecto de la distinción y hacia la unidad suprema.

Sin embargo, la noción de distinción en la unidad permite ir más allá del crecimiento y ser aplicada a Dios mismo, que no admite el crecimiento. Cabe decir que Dios está vivo por cuanto que su unidad idéntica se distingue en tres personas, cada una de las cuales es Dios, pero no tres dioses, sino un solo Dios trino^[12]. En Dios tendríamos la distinción trascendental (personas) en la unidad trascendental (identidad), o sea, la vida supremamente una. Si como he propuesto en otros escritos el acto de Dios se entiende como el acto de dar^[13], entonces cada persona divina da, el Padre como donante inicial, el Hijo como aceptador original, y el Espíritu Santo como don, y las tres conforman un solo dar. El dar es la vida del espíritu, puesto que, siendo uno, se discierne en donante, aceptador y don. La vida divina no crece, pero tampoco está quieta, sino que es la actividad pura de dar. El acto divino no es una distinción de actos actuales, sino el acto pleno de actos plenos, que no se ha de orientar hacia otra unidad más alta.

Vemos, así, que la inmanencia propia del movimiento se hace mucho más intensa –sin el movimiento– en la intimidad y en la posesión del futuro de la persona humana, y alcanza su plenitud en la eterna *perichoresis*, o mutua pertenencia activa, de las tres personas divinas en la Trinidad.

En suma, la noción de distinción en la unidad, sugerida por Polo, y entendida como diferenciación o distinción *activa*, se ajusta mejor a la realidad, supera los defectos o limitaciones de la noción clásica, pero sin desdeñarla –puesto que también el movimiento inmanente puede ser entendido como una distinción en la unidad–, y es ampliable a Dios, como la distinción de personas en la identidad.

^[5] Cfr. *El concepto de vida en Monseñor Escrivá de Balaguer*, en Anuario Filosófico 18 (1985) 11: "En todos sus grados la vida reclama la unidad (Camino, n.940): ambas crecen o decaen a la par. Asimismo, la manifestación más nítida de la unidad tiene su lugar en la vida, la cual, por su parte, no puede negarse a esa manifestación sin oscurecerse y desfondarse. / Por lo pronto, la unidad vital se percibe como multiplicidad de facetas desplegadas en armonía. La abundancia de los aspectos funcionales marca la intensidad de la vida, cuyo valor armónico es, por eso mismo, afirmación limpia, libre de vacilaciones. Al albergar lo positivo, la vida lo realza y le presta una peculiar circulación que acentúa la pluralidad al ponerla en movimiento concertado. Lo que compone una vida fuerte adquiere con ella su mayor despliegue. Es el significado sintético de la unidad". *Lecciones de Psicología clásica*, Obras completas, Eunsa, Pamplona, XXII, 23: "Hay tantos tipos de vida como tipos de unidad. Vida y unidad se convierten: tanto más vivo se es cuanto más unitario se es".

^[6] Distinguir es algo que solemos hacer nosotros con nuestro conocimiento, para evitar confusiones matizo la distinción a que me refiero con la calificación de "realmente activa", es decir, una distinción que es introducida por la unidad real en lo extramental, pero también en la actividad cognoscitiva y en la donal.

^[7] "Ratio vitae in motu consistit" (*In IV Sententiarum*, dist, 49, q. 1, art. 2c, arg. 2, Sti. Thomae Opera, R. Busa, Frommann-Holzboog, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1980, I, 679; la respuesta en 680); *Contra Gentiles*, IV, c. 20, n. 6: "Item. Vita maxime in motu manifestatur". Para resolver el problema, Tomás de Aquino ha de igualar las operaciones espirituales con el movimiento.

^[8] I. Falgueras Salinas, *Varon y Mujer. Fundamentos y destinación de la sexualidad humana*, Edicep, Valencia, 2010, 37-38, 52 ss.; 58-59; 61 ss. En estos pasajes hablé de "diferenciación en la unidad" acomodándome al uso común del lenguaje. Nótese que, aunque en sentido riguroso Polo propusiera que "la diferencia es una característica de objetos pensados" (*Curso de teoría del conocimiento II*, Obras Completas, Eunsa, Pamplona, 2016, V, 92), también él utilizaba a veces ese término de modo semejante, por ejemplo: la diferenciación interna de la vida en facultades (*Lecciones de Psicología clásica*, Obras Completas, Eunsa, Pamplona, 2015, XXII, 54); la noción trascendental de diferencia (*Persona y libertad*, Eunsa, Pamplona, 2007, 43-44), etc.

^[9] Es la vida la que se distribuye en la pluralidad de órganos, por eso la vida ha de ser siempre real, no cabe una vida imaginada y, menos aún, meramente pensada, pues lo pensado (límite mental) es abstracto, está falto de vida. Cfr. Polo, *Lecciones de Psicología clásica*, 24-25; 50; 54.

^[10] A veces se concibe y califica el cuerpo humano como un cierto mecanismo, que cabe reparar con técnicas de simple fontanería. Pero esa es una consideración sesgada y superficial. Lo grandioso es que incluso esas aparentes tuberías estén integradas por células que se han tomado esa forma y se informan activamente entre ellas *desde la unidad de su grado de vida*.

^[11] Eso no impide que haya crecimiento, sólo impide la continuidad en la intensidad del crecimiento: se crece en intensidad según las operaciones y hábitos alcanzados. La vida espiritual es un crecer discontinuo en intensidad, pero sin rupturas (crecimiento del crecimiento).

^[12] Dios es la identidad, o sea, la unidad trascendental pura, pero que admite distinciones: la identidad divina se discierne en tres personas con la peculiaridad de que ellas no son partes del dar, sino que cada una es dar, y las tres (el Padre, el Hijo y el Espíritu) son un solo dar.

^[13] I. Falgueras Salinas, "El dar, actividad plena de la libertad trascendental", en *Studia Poliana* 15 (2013) 84-92.